

daba un mal regalo para las parejas que no despertaban empatía. Décadas después, Mariola Cubells denunciaba en su libro *Mírame, tonto! Las mentiras impunes de la tele* (Robinbook, 2003) que desde las cabinas de realización los concursos televisivos se manipulan: “gana quien tú quieres; por guapo, porque se alegra mucho, porque es muy divertido, porque es muy loro”. No contentos con el filtro del casting, entra la telegenia. Desde el sillón de su casa, el espectador comprueba tarde tras tarde el acierto de su instinto.

El guapo es el bueno

He ahí la paradoja: el retoque se ajusta a una verdad predefinida, que cumple que las cosas han de ser como esperamos que sean. Una inercia que descarrila en colores imposibles en los anuncios de delineadores de ojos, y que aterriza en anatomías sobrehumanas. La misma mecánica que celebra que el mundo a nuestro alrededor coincida con nuestro juicio inmediato, hace que busquemos encajar entre las cumbres estéticas que lo habitan. Nuestro vientre debe estar plano para estar en el bando de los buenos; también en las películas, y lo comprobarán con cualquier niño, el guapo es siempre el bueno. La perversión ha conducido a la percepción actual de la cirugía: en el último curso, cinco alumnas de periodismo de la Universidad de Valencia se operaron los pechos porque querían trabajar en televisión, contaba la periodista María José Llerena en su Twitter. En un revelador contraplano, se conocía en noviembre que la presentadora Sara Carbonero se había sometido a una operación de cambio de pecho, precisamente en el momento en el que se había establecido como cumbre mediática de la belleza, sustituyendo al *Amayasalamánquismo* y al *Pilarrubismo*. Las aspirantes a imagen televisiva se retocaban, pero la propia cima estética se veía en la necesidad de corregirse. Maureen Dowd, en *La Contra* de este diario, avisaba de la llegada de la cirugía plástica para lactantes: padres operados que, olvidados de su propio aspecto real, no reconocen a su hijo; no saben de dónde ha salido esa criatura sin retocar, impura.

Las imágenes retocadas que no son periodismo abundan en la autocelebración del buen juicio: con una sola ojeada sabemos quién iba a prosperar, quienes son los buenos. El retoque digital, denostado por sus efectos secundarios, es necesario en la raíz. La comodidad de esa correspondencia, ese automatismo reflejo y satisfactorio, nos ha desencajado a un espacio en el que se tiene que parecer antes que ser. El *photoshop* ha subrayado un verdadero norte de nuestro tiempo: si antes la cara era un espejo del alma, hoy es el alma lo que se amoldará a la cara. |

PALACIO DE INVIERNO Los bolcheviques entran en el palacio de invierno del zar en San Petersburgo, quizás el signo definitivo de la revolución en marcha. Eisenstein recreó estas imágenes en su película *Octubre*. Pero existen fotos reales del palacio saqueado, como si las riquezas fueran signo del enemigo aristocrático que batir



PALACIO DE VERSALLES La última imagen del filme *María Antonieta*, de Sophie Coppola, muestra al palacio vacío y saqueado por los revolucionarios que han provocado la huida de la familia real. Esta imagen silenciosa entronca con la iconografía universal de la caída del viejo orden alegre y despreocupado



PALACIO DE CEAUSESCU Ante el discurso interrumpido por las masas que los increpan, los Ceausescu huyen en helicóptero. En los días siguientes sus opositores ocuparán el palacio presidencial, un lugar inmenso de poder delirante. La provocación megalómana invitaba a la destrucción. El ejército apareció para conservar la ruina



EN CASA DE BEN ALI Tras las primeras manifestaciones, y viendo que el proceso era irreversible, el jefe tunecino Ben Ali huye de su país con su mujer y parte de su familia. Muy pronto, las posesiones familiares se convierten en lugar de visita curiosa y de asalto. Destaca la relevancia de la piscina, signo de desigualdad



Iconofilia

En la casa del ex ser supremo

JORDI BALLÓ

Hay dos imágenes recurrentes para expresar que un régimen ha sido derrocado por una revolución. La primera es la de la estatua caída: todo nuevo orden necesita la filmación del tirano en bronce derribándose de su pedestal y quedándose a trocitos en el suelo ante la algarabía general. La otra es la ocupación, no necesariamente pacífica, de alguno de los lugares de vivienda del antiguo “ser supremo”. Lo hemos visto por última vez, por ahora, en Túnez, cuando el antiguo líder ya había abandonado su país. Entonces aparecieron diversas imágenes de ciudadanos que se paseaban curiosos por algunas de sus posesiones, o simplemente, por alguna mansión veraniega de miembros de su familia. Para que el mecanismo funcione en tiempos actuales, no debe tratarse de un saqueo, sino de una visita tranquila y llena de curiosidad para comprobar como vivía el tirano. En esta visita a la intimidad del gran jefe prima una voluntad sancionadora: no vas para admirar la belleza de su interiorismo sino para autoconvencerte de la panda de ladrones en que se habían convertido sus moradores. Es como la casa de Roca en Marbella: se filma para denunciar el lujo como sospecha de las peores atrocidades. Toda revolución importante ha contado con esta imagen de sustitución de un orden por otro. Como si poseer la casa, ahora desvencijada por otros visitantes anteriores, fuera la primera prueba de que el cambio ha llegado y que el proceso es reversible. En muchos casos esta casa ocupada quedará ya como un signo indeleble del nuevo régimen, lo que obliga a pensar qué se puede hacer con ella: ¿derribarla?, ¿alquilarla a un mitómano?, ¿crear un espacio público? Quizás el caso más complicado de uso fue con el descomunal palacio de Ceausescu, en el mismo Bucarest. Tras la ocupación nadie sabía qué hacer con él. Por eso se convirtió en una ruina moderna, utilizada sabiamente como decorado de muchos filmes futuristas y proféticos que anunciaban años de tristeza y miseria. |